

## La segunda era axial

EN EL MILENIO ANTERIOR A CRISTO, y más específicamente en la segunda mitad del mismo, la sociedad humana pasó por lo que Karl Jaspers

I TRIMESTRE 1993

denominó "una era axial". En toda la esfera terrestre, en las diversas partes del mundo, contemplamos una extraordinaria transformación de la conciencia —religiosa, espiritual y filosófica—. Se dio el ahimsa, la doctrina hindú y budista que prescribe no hacer daño a los seres vivos. El zoroastrismo (Zaratustra, en la versión de Nietzsche): la visión persa de la guerra cósmica entre el bien y el mal, la luz y la oscuridad, Ormazd y Ahrimán. El confucianismo, el taoísmo y las *cien escuelas* sobre la ley y el orden social en China. El judaísmo con el rechazo de la idolatría, de los falsos dioses que pretendían el poder supremo y la moralidad de los 10 mandamientos. En Grecia, el surgimiento de la filosofía a partir del mito, y las cuestiones de la metafísica y la ontología en relación con la estructura de la naturaleza. Y el cristianismo, con la creencia en la igualdad de todas las almas, la caridad, el amor, la fraternidad y la salvación del alma inmortal. A partir de este hito milenario, los grandes imperios políticos, desde el romano al británico, se han derrumbado; sistemas económicos tales como la esclavitud, el feudalismo y el capitalismo puro han desaparecido; ideologías seculares, tales como el marxismo, han perdido su fuerza —sin embargo, las grandes religiones históricas han subsistido, cambiadas en muchos aspectos, pero reconocibles en su núcleo central—. Ello es un testamento para la durabilidad de las culturas.

A medida que en nuestro calendario se aproxima el tercer milenio, podemos ver que, si miramos hacia atrás solamente a los 200 últimos años y hacia adelante al próximo siglo, estamos viviendo a través de una nueva era axial. Tres componentes constituyen esta nueva era axial: la revolución industrial, la revolución democrática y la revolución del conocimiento.

La revolución industrial, simple en su origen, encontró los medios de conseguir energía controlada y regulable para poder crear máquinas y motores de fuerza y potencia no igualadas hasta ahora. Leonardo da Vinci, como sabemos, no fue únicamente un gran pintor y un ingeniero maravilloso, sino también un soñador visionario. Imaginó —y trazó su croquis con toda precisión— un submarino, una trilladora, aeroplanos y refrigeración, pero no pudo imaginar una magnitud suficiente de energía continua, para hacer funcionar todo eso, que no fuera la fuerza del músculo humano, la del arrastre animal o la del viento natural, y estas fuerzas eran insuficientes. James Watt, el inventor escocés, vio cómo se elevaba vapor de agua desde un hervidor de hierro levantando la tapadera, y pensó: si podemos contener este vapor de agua dentro de una cámara cerrada, podríamos utilizar su fuerza expansiva para mover máquinas. Y así surgieron las máquinas de vapor para fábricas, locomotoras, barcos de vapor y maquinaria para extraer el carbón.

La revolución democrática, en Estados Unidos y Francia, proclamó los principios de igualdad y libertad; el imperio de la ley y la protección contra el poder arbitrario; las libertades, civil, social y política; y los derechos de participación, y consentimiento, de los pueblos en todas las esferas de la vida.

La revolución del conocimiento produjo educación y alfabetización (la escolarización masiva y la difusión de los periódicos no se inició hasta el siglo XIX); el desarrollo del ordenador, para extender la resolución de problemas mentales lo mismo que las máquinas lo hicieron con el trabajo

físico, y la codificación del conocimiento *teórico* (utilizada en la física cuántica y en la biología molecular) como las nuevas fuerzas iniciadoras de la innovación, frente a los métodos de prueba y error de las invenciones del siglo XIX.

Por debajo de estas tres revoluciones, como apuntalamiento sociológico, había dos nuevas formas de pensar en sentido instrumental. Una era la tecnología, no sólo como tecnología mecánica, sino también como social e intelectual, poniendo el énfasis en la idea de relaciones *racionales* medios-fines. La otra era el concepto de productividad, la idea de que la riqueza podía obtenerse mediante una utilización más eficiente de los recursos. Hasta la época de Adam Smith, la riqueza se obtenía mediante la guerra, el pillaje, la conquista, los impuestos sobre la agricultura, la explotación y la fuerza militar. En esos momentos estuvo claro que la riqueza podía adquirirse mediante formas pacíficas. La primera *era axial* creó ideales permanentes y promesas permanentes en las costumbres y la conciencia; aunque a menudo no se hayan hecho realidad, siguen formando parte del extenso repertorio de la imaginación humana. La segunda *era axial* ha creado fuerzas permanentes, y temores permanentes, en relación con la enorme potencia que ha desatado. La cuestión es cómo entendemos la naturaleza de las fuerzas que determinan la nueva era axial.

El quid de la cuestión es la tecnología. Para los filósofos de lo irracional, tales como Nietzsche y Heidegger, la tecnología homogeneiza a la sociedad y aplasta la cultura. Pero esto es patentemente falso, y deriva de un anticapitalismo romántico que es antimoderno, aunque, curiosamente, hoy alimenta el talante posmoderno. Pero el miedo a la homogeneización es una mala interpretación de las transformaciones económicas de la tecnología, y se fija en la idea de la producción de masas y en la de la sociedad de masas, en la idea de productos idénticos y una cultura uniforme. Sin embargo, la transformación actual va hacia la reducción del tamaño de las fábricas y la producción a requerimiento del consumidor, mientras que la multiplicación de los medios de comunicación, particularmente por cable, satélites, y la próxima unión de la televisión con los ordenadores, proporciona múltiples canales de acceso a la variedad cultural, en particular cuando surge el sincretismo en la mezcla de cultura.

La tecnología constituye el modo no sólo de hacer, sino también de rehacer las cosas. En su libro clásico *El arte como experiencia*, John Dewey escribe que "sin un acto de recreación, el objeto no es percibido como una obra de arte". Las potencias humanas se expanden cuando —como ocurre con el prefijo *re*— somos capaces de re-ordenar, re-construir, re-crear y rehacer nuestro mundo. La tecnología, en este sentido, es un instrumento de arte.

Y mientras pensamos en la tecnología, principalmente en relación con la producción y el consumo de bienes, como revolución de la fábrica y el hogar, es más sutilmente en la cultura —en el modo en que *percibimos* el mundo y nuestras mismas sensibilidades— donde la tecnología ha dado nueva forma a nuestras experiencias, nuestros encuentros con el mundo y con los demás.

—**Velocidad y altura.** La naturaleza humana, en sus pasiones y emociones, puede haber permanecido siendo la misma desde los griegos hasta nosotros, pero con el ferrocarril y el avión, en los siglos XIX y XX, tenemos, en muy gran medida, nuevas sensaciones perceptivas de la velocidad y la altura. Por vez primera, los seres humanos vamos más rápido que cualquier otro animal.

—**Comunicación.** Con el telégrafo, el teléfono, la radio, el ordenador, y ahora el telefax, reemplazamos el transporte (los sistemas postales) como medio de comunicación entre las personas, haciendo hincapié en las relaciones directas, *cara a cara*, de persona a persona, y creando redes de relaciones que están ligadas por sistemas de comunicación.

—**Grabación y visión.** La fotografía, invención del siglo XIX, *congela el momento* en un trozo de papel y pone el acento en la imagen, así como en el pensamiento, al examinar a una persona o una escena. Los fonógrafos, desde los minicassetes al sonido estereofónico, amplían para el individuo la disponibilidad inmediata de la música de cualquier clase. El cine, la gran innovación estética del siglo XX, y la televisión, llevando directamente a los hogares los acontecimientos y el drama, acentúan el hecho de que esta época se ha convertido principalmente en una *era visual*, como el periodo transcurrido desde Gutenberg había sido la era de la imprenta.

—**Tiempo real.** Las telecomunicaciones y los ordenadores enlazan ahora al mundo entero en *tiempo real*, es decir, casi instantáneamente. La *realidad virtual*, el nuevo desarrollo en imágenes informáticas, llevan al individuo de ser un *espectador* a ser un participante simulado en todo, desde los viajes espaciales a los deportes y las aventuras.

Si existe un solo tema o marco que abarque esos desarrollos, en la interacción de la tecnología y la cultura, es el de la *ruptura del espacio y el tiempo*, las coordenadas históricas, particulares de la experiencia y los conceptos. Queda por ver qué clase de nueva epistemología poskantiana y qué clase de nueva estética posmodernista aparecen.

¿Habrà una *cultura universal*? Esta no es una pregunta nueva. Históricamente, cada imperio ha tratado de imponer su cultura sobre la nueva *oekumene*. El cine, en la primera mitad del siglo XX, y la televisión, en la segunda, han sido instrumentos de la exposición más universal de imágenes y acontecimientos.

La cultura está entrelazada con el lenguaje e incrustada en él, y los elementos expresivos de la cultura combinan significados, que pueden ser traducibles, con la poética del lenguaje (condensación, alusión, asonancia), que puede no serlo. En una cierta área está surgiendo un lenguaje universal, que claramente es el inglés. Pero éste es principalmente utilitario, en negocios, economía, ciencia y, en alguna medida, en política. Allí donde están en peligro la tradición y los elementos expresivos, el vehículo para la transmisión es la *alta cultura*, y su destino es problemático.

El tema abierto es la tecnología. La tecnología ha sido el gran medio de *reproductibilidad*, de lo impreso, de la música, de las imágenes. En la estética del cine ha sido también un medio de creatividad —en la obra de

los grandes directores, un Buñuel, un Kurosawa, un Eisenstein y un Pudovkin—. Queda por ver si la fuerza reunida de la tecnología, en gráficos por ordenador, en sintetizadores de sonido, en realidad virtual, deviene una estética equivalente. Es una cuestión para el siglo XXI.

He hablado de los ideales permanentes y ahora de las nuevas fuerzas permanentes. Lo que permanece, a través del tiempo y el espacio, como un hecho permanente de la naturaleza humana, es la sed de significados, espirituales y religiosos. Los significados espirituales, a diferencia de los bienes o productos, no pueden ser fabricados. Cuando existen, pasan a ser cultos que proporcionan rápidamente una creencia, y que se desvanecen casi con la misma rapidez.

Los significados espirituales y religiosos surgen de las experiencias, de los sufrimientos y de los sacrificios, de lo que en la vieja terminología religiosa se denominaban *pasiones*. Dada su forma secular o erótica, pierden una relación y un entendimiento trascendentales. Leonardo era un Prometeo, y Prometeo, al robar a los dioses, ha sido la encarnación mítica de la tecnología. Pero la tecnología, con todos sus poderes, no puede reemplazar a los dioses, y esto puede ser la advertencia de la primera era axial a la segunda.

Daniel Bell

